

sofía que ha estudiado la personalidad humana; en la idea de igualdad que ha traído la revolución; en esa palabra que presintió Santo Tomás, que preparó Descartes, que pronunció Grocio, que exclareció Kant, que escribieron los revolucionarios franceses en la frente de nuestro siglo, en el derecho humano, contra la cual no prevalecerán los conjuros de los sofistas.

Artículo 3.º y último.

Hoy me propongo á dar por concluida la polémica con D. Ramon de Campoamor; polémica en que he demostrado que la escuela doctrinaria, como secta filosófica, solo puede dar de sí la duda, y que el partido moderado, como secta política, solo ha dado de sí la corrupcion de la sociedad. Tenemos dos grandes datos para juzgar la escuela del señor Campoamor; la doctrina y la tradicion, la idea y el derecho. La doctrina es una negacion, y nada más que una negacion. La escuela doctrinaria niega el derecho divino y el derecho humano; niega la razon y la historia.

El hecho es una confirmacion práctica de la doctrina; la historia de la escuela es el escándalo del siglo XIX. Jamás la inmoralidad subió más ni descendió más el sentimiento sublime de la dignidad humana, como ha de acontecer siempre á todas las escuelas que niegan ó emponzoñan la fuente de nuestras ideas y de nuestras acciones, la inmaculada libertad. El Sr. Campoamor, que es poeta, alcanza por su intuicion, todos los errores de su escuela, y trata de ocultarlos llamando la atencion sobre sí, y distrayéndola de su partido. Y en esta polémica le ha sucedido una gran desgracia; se ha quedado sólo con sus ideas, vagando en lo vacío sin atraerse ni aun el agradecimiento de su secta. El partido moderado conoce por instinto que la aparicion del señor Campoamor señala su muerte y su ruina, y no le gustan esas señales, porque tiene gran apego á la vida. La escuela doctrinaria tuvo un periodo crítico cuando combatia la sociedad antigua; un periodo dogmático cuando asentaba sus propias doctrinas; y ahora está en su periodo sofístico, que personifica el Sr. Campoamor. En el periodocrítico, fué respetable porque auxiliaba á la razon universal á desarraigar los errores históricos; en el periodo dogmático, fué falsa porque trató de reemplazar un error con otro error más grave; y hoy, en el periodo sofístico, es alegre, juguetona, decidora, escéptica, para ocultar con su risa la muerte que lleva en su corazon y en su conciencia. En la historia de todas

las sectas que mueren, aparecen los sofistas señalando el tránsito á una nueva escuela. Y declaro que pocos hombres tienen para sofistas la idoneidad del Sr. Campoamor. Ligero en sus juicios; ingenioso en sus conceptos; brillante y vario en su estilo; poco respetuoso con las altas ideas humanas; dispuesto á sacrificar á un chiste todo un sistema; mirando las más grandes concepciones de la ciencia como una fantasmagoría destinada á divertirle; pronto á entrar en las esferas más sublimes de la razón y de la historia; á desconcertar con sus gritos y sus burlas, y sus epigramas, las más concertadas armonías; riéndose siempre y buscando con afán la risa de los que le escuchan ó leen; sin sistema y hasta sin amor á ninguna idea; como les sucede á todos los que se rien mucho; reflejando en su conciencia todas las escuelas que pasan, pero reflejándolas en lo que tienen de extravagante ó erróneo; pidiendo armas á todos los campos; auxiliares á todos los ejércitos; dioses á todos los templos; argumentos á todas las sectas; el Sr. Campoamor, cuya vida es una fiesta incesante, cuya inteligencia es un carnaval confuso, será siempre, á mis ojos, un refinado sofista, un ingenioso Gorgias, dañoso á las doctrinas que defiende mucho más que sus mayores enemigos.

Y la prueba de lo que acabo de afirmar, está en que el Sr. Campoamor no tiene tierra para fijar la planta, para combatir por su doctrina y por su escuela. ¿Cuál es el principio de su sistema? El Sr. Campoamor no lo sabe, y por eso el Sr. Campoamor no lo dice. Hubo un tiempo en que la humanidad, apegada á sus sensaciones como el niño cuando despunta en su sér la inteligencia, creyó que el derecho estaba en el espacio, en el suelo; y á esta idea brotaron los castillos feudales y los antiguos municipios. ¿Es la idea del Sr. Campoamor esta idea? No, porque el Sr. Campoamor no quiere la resurrección de la Edad media, no quiere la apoteosis del feudalismo. Hubo otra época, en que la humanidad, espiritualizándose, creciendo, arrancó el derecho al polvo de la tierra, y creyó que el tiempo, y solo el tiempo, era la fuente de toda autoridad, el timbre de todo poder, el origen de toda legitimidad, y forjó con un rayo del cielo la corona de los reyes absolutos. ¿Es la idea del Sr. Campoamor esa idea? No, porque el Sr. Campoamor es hijo del siglo XIX como yo, y como yo no es absolutista. Hubo otra época, en que la razón humana, lanzando un grito de triunfo sobre las ruinas de la Edad media, proclamó la libertad

del pensamiento. A esta voz brotaron en la historia varias escuelas, que creían poseer la clave del derecho, que es el enigma de la ciencia. Unos creían que el origen del derecho estaba en el hecho, que el triunfo bastaba para santificar todas las causas, que la sociedad es como una inmensa cárcel para encerrar á la gran fiera de la creación, al hombre. El Sr. Campoamor no será de esta escuela, porque no habrá dejado de sacrificar en el altar de los reyes absolutos para ir á sacrificar en los altares de Hobbes. Apareció otro filósofo, que arrobándose en la contemplación del universo, creyó que el pensamiento es como una gota de rocío en el mar de la vida, y la voluntad como una fuerza ciega unida á las fuerzas de la naturaleza, é hizo del derecho un mecanismo material, y de la sociedad, la razón, la conciencia y la voluntad del hombre. De esta escuela no es el Sr. Campoamor, porque mal querría perderse en la naturaleza el que no quiere perderse ni aun en Dios. Las sombras fueron cayéndose, disipándose; el hombre conoció que había buscado fuera de sí la idea del derecho que se hallaba en su conciencia. Esta verdad era como el descubrimiento del sistema de Copérnico en astronomía, como el descubrimiento del *nosce-te-impsum* en filosofía: la ciencia social había encontrado su Sócrates. Pero como la razón camina por series al descubrimiento de la verdad, hubo una escuela que dijo: «Puesto que el derecho está en el hombre, el derecho será la utili-

dad, como el conocimiento es la sensación.» ¿Pertenece á esta escuela el Sr. Campoamor? No, me dirá, porque la utilidad es muchas veces la injusticia. Hubo otra escuela que exclamó: «El derecho está en la sociedad; lo que la mayoría de los ciudadanos decida ese es el derecho.» El Sr. Campoamor tampoco pertenece á esa escuela, porque no quiere la soberanía de la muchedumbre. Por fin amaneció el grand día, sí, el día de la libertad y de la razón: la ciencia, que había andado como incierta ó indecisa, encontró un punto donde reposar para entregarse á leer la verdad absoluta; comprendió que el hombre lleva en sí mismo su ley, su derecho; que este derecho es la señal de su origen divino y de su soberanía sobre la naturaleza; que la ley del alma debe ser la ley de la sociedad; que nuestra personalidad es la raíz de la vida; y entonces nació la escuela democrática moderna, la única escuela que ha encontrado la noción racional del derecho. ¿Es de esta escuela el Sr. Campoamor? No, es esa mi escuela, y el Sr. Campoamor combate mi escuela. Pues no siendo de la escuela racional y lógica de la democracia, ha de abrazar necesariamente el caos del eclecticismo.

El sistema del Sr. Campoamor, según se colige de sus palabras, es como el feudalismo, apegado á la tierra; es como el derecho divino, adorador de los tiempos que la humanidad deja á sus espaldas; es tiránico y desconfía del hombre, como el sistema de Hobbes; es adorador del Estado, y sacrifica en sus

aras nuestra personalidad, como los pueblos bárbaros sacrificaban víctimas humanas en las cruentas aras de sus templos; es utilitario, y cree que todo debe sacrificarse á los goces de una clase; es injusto, y pone el criterio de la verdad y la razon en una oligarquía; es opresivo, y quiere que nos postremos ante un hecho los que llevamos un ideal de justicia en la conciencia; y desconociendo la libertad, el derecho innato á nuestra naturaleza, la existencia de una ley interior, forma inmutable de nuestra alma, es como la última sombra de la tiranía, cruzando sobre la boca entreabierta de los abismos que se han tragado todos los grandes errores condenados por la razon y por la providencia. Mi sistema, señor Campoamor, es la libertad, innata á nuestra naturaleza, esencia de nuestro sér; la libertad, que no reconoce privilegios ni injusticias, que no ensalza á unos hasta las nubes porque han nacido en cuna dorada, ni rebaja á otros hasta el cieno porque hayan nacido en cuna de pajas, sino que ama el alma de todos; la libertad, que inspira al génio sus más hermosos cánticos, y derrama en la virtud sus más suaves resplandores; la libertad, sin la cual el hombre sería como una piedra arrojada en el mar, como una hoja seca arrancada al árbol de la vida; la libertad, que es la sancion de toda justicia, la fuente de toda bondad, la luz de la conciencia; la libertad que viene á templar esta sed del bien que ha aquejado siempre al hombre; la libertad, que ha destro-

nado el becerro de oro para extender y dilatar por toda la tierra la santa ley del derecho.

III.
Pero el Sr. Campoamor dice: «Mi sistema es una síntesis.» Desde luego creí de buena fé que el señor Campoamor habia encontrado la solucion de los contrarios, la armonía de las ideas opuestas. Yo conozco una síntesis religiosa que es el cristianismo, conozco una síntesis natural que es el hombre, conozco una síntesis histórica que es Roma, conozco una síntesis política que es la democracia, conozco una síntesis filosófica que es el sistema de Krausse. El cristianismo encontró separados Dios y el hombre y los unió en el verbo, como la naturaleza y el espíritu están unidos en el hombre, y el Oriente y Grecia en Roma, y la sociedad y la libertad en la democracia, y la razon y la experiencia en la filosofía armónica. Una síntesis es el resultado de muchos siglos, de muchos sistemas, de muchos pensadores; una síntesis social es la elaboracion lenta y progresiva de muchos siglos. Así es que, cuando leí que el Sr. Campoamor tenia una síntesis política, detuve el aliento, suspenso ante tan inaudita maravilla. Mas en seguida que ví su síntesis, huyó, como un velo ligero de niebla, mi dulce encanto. ¿Quereis

ver clara y manifiesta la síntesis del Sr. Campoamor? Voy á traducirla al lenguaje vulgar. Tesis democrática: gobierno de todos; antítesis absolutista: gobierno de uno; síntesis del Sr. Campoamor: los que paguen 400 reales de contribucion gobernarán en los comicios, los que paguen 1000, gobernarán en la nacion. ¿Qué os parece la síntesis? Tesis absolutista: el derecho es rey; antítesis democrática: el derecho es el hombre; síntesis del Sr. Campoamor: el derecho es el oro. Todo esto no tiene más que un defecto, y es que aquí no hay tesis, ni antítesis, ni síntesis. Yo he creído de buena fé que el Sr. Campoamor se ha burlado de nosotros con su síntesis; he creído otras veces que nos ha tenido á los pobres por tan poco avisados que no éramos capaces de saber lo que es síntesis; pero no le he hecho nunca la ofensa de juzgar que él creía que su sistema era una síntesis. ¡Es tan difícil saber cuándo el señor Campoamor habla de veras ó habla de broma! ¡Es tan difícil distinguir cuándo se burla de mí ó cuándo se burla de sí mismo! El sistema humorístico no es el más á propósito para decir la verdad, porque la verdad es como Jesucristo; si ha llorado muchas veces, no ha reído nunca. De todo lo que escribe, lo único que veo claro es que el Sr. Campoamor quiere para el pueblo un bozal. Ven, pueblo, arrodíllate, hunde la frente en el polvo, no respire; pues ese poeta, porque sabe escribir buenas doloras, porque le han dicho, con razon, que es inteligente; porque

han aplaudido sus felices consonantes, ya te cree á tí, que has cantado el Romancero, que has inspirado el teatro, que has escrito con sangre de tus venas la Iliada de la guerra de la Independencia, que das tus hijos para que sirvan á la patria, que has trasformado con tu trabajo la tierra, que llevas en tus brazos más bien que todos los sofistas y argumentadores en su inteligencia, que haces brotar más torrentes de vida con tu azadón que ellos con sus plumas consagradas al error y al mal, y por lo mismo estériles; te cree destinado á dar muchos tributos, muchos soldados, muchos regalos, y en cambio á llevar un bozal en la boca, una cadena en el cuello; capaz de todos los deberes, pero incapaz de justicia y de derecho, como si tu alma no fuera hija también de los cielos.

IV!

El Sr. Campoamor, al oír esto volverá á repetir que hablo siempre al pueblo de sus deberes y nunca de sus derechos. Muchas veces, sin duda, esta acusacion ha herido mi mente y ha conturbado mi corazón; porque mi mente busca la verdad y mi corazón el bien. Mas bien pronto la sana lógica ha desvanecido todas mis dudas. El derecho es la ley de nuestra alma, y el deber es una idea, una idea correlativa del derecho. Solo el sér que tiene derecho